

Tal era la misión que habían confiado a los «managers». De la misma forma que los medios financieros conservadores habían delegado su autoridad a los hombres del «New Deal» para que restablecieran la paz interior, los dirigentes de las «corporaciones liberales» han permitido a los demócratas del equipo Kennedy poner en práctica su «marxismo de Harvard» para pacificar al tercer mundo —inicialmente, quitando algunos dictadores para reemplazarlos por reformistas, después dirigiendo pequeñas operaciones «antiguerrilla» y, en fin, recurriendo a los «marines» cuando era necesario, en la República Dominicana, o a los B-52, en Vietnam—. Pero ya que todo esto no era suficiente, más valía abandonar la empresa.

Ahora, lo más difícil es dar a este veredicto de la clase económica dominante su traducción política lógica: la detención de la guerra del Vietnam. Pero el presidente Johnson se ha rodeado de aliados políticos poderosos. De entrada, están todos los que tienen necesidad de favores políticos que él puede dispensar y aquéllos cuya carrera está

indisolublemente ligada a la continuación de la guerra. Los dirigentes de los sindicatos, por otra parte, no pueden abandonar a Johnson, como tampoco los de las corporaciones, que se benefician, incluso, de la actual política militar. Por último, las «máquinas» políticas locales no pueden permitirse abandonar la administración demócrata, y sostendrán al presidente cualquiera que sea su política extranjera. En general, el actual aparato político representa a la clase de hombres de negocios prisioneros de la vieja ideología anti-comunista, fieles a la noción de «honor nacional», y que no tienen la misma conciencia de sus intereses reales que las grandes corporaciones financieras e industriales.

un alto el fuego electoral

La descripción esquemática que acabamos de hacer no da cuenta, sin embargo, de la extraordinaria confusión que reina a todos los niveles de la sociedad americana. Todas

las grandes instituciones están divididas a propósito de la cuestión vietnamita. El prestigioso Comité de las relaciones exteriores —donde se elabora la política exterior de los medios económicos dirigentes— se halla desgarrado por un conflicto entre los partidarios de las dos políticas posibles: repliegue o expansión; es decir, retirada del Vietnam o escalada. El primero de los partidarios del «repliegue» es David Rockefeller, presidente de la Chase Manhattan Bank, que es, posiblemente, el hombre económicamente más poderoso de los Estados Unidos. En el campo adverso se encuentran hombres como John McCloy y David Ball, que han sido los arquitectos de la política exterior actual. Pero estas divergencias de puntos de vista no son más que el hecho de organismos exteriores en el gobierno. En el seno de la administración, los que se oponen a la política del presidente se callan o dimiten. En los últimos meses, se ha visto partir a tres de los principales consejeros económicos del gobierno: Charles Schultze, director de la oficina de Presupuesto; Francis Bator,

FINAZAS-FICCION EL WEEK-END DEL ORO

ES sábado. Primavera. El verano se echa encima. La radio anuncia los resultados de la Copa Davis y, de pronto, un flash especial, procedente de Washington, interrumpe la emisión: «El presidente de los Estados Unidos declara que su país decreta el embargo sobre el oro». Un comunicado de la Tesorería de Washington precisa que en adelante se negará a cambiar los dólares por oro cuando le sean presentados por las Bancas centrales extranjeras.

El presidente ha anunciado su decisión el sábado, día en que las Bolsas están cerradas en el mundo entero, y después de una consulta definitiva a sus consejeros económicos y financieros. La legislación vigente le ha permitido evitar el tener que someter la nueva reglamentación a una votación del Congreso, lo cual habría retrasado las cosas, habría favorecido la especulación y conseguido un empeoramiento de la crisis monetaria mundial. El Fondo Monetario Internacional fue avisado, por cortesía, una hora antes de ser lanzado al aire el mensaje presidencial.

Después de haber mantenido durante muchos meses —e incluso en los primeros días de marzo de 1968— que la paridad de 35 dólares por onza sería defendida hasta el último gramo del oro que existe en la Reserva Federal, el presidente ha tenido que desdecirse. Ciertamente que no es el primero en hacerlo, ya que, meses antes, en vísperas de la devaluación de la libra, Lord Chalfont declaraba solemnemente que jamás cambiaría la paridad de la libra.

en nueva york

Horas antes del anuncio del embargo americano sobre el oro, el presidente del Fondo Mone-

tario Internacional, Pierre-Paul Schweitzer, convoca una asamblea general extraordinaria de los ministros de Finanzas de los países miembros. El orden del día prevé el examen de las medidas inmediatas para prevenir una conmoción brutal de los mercados financieros internacionales y la adopción de un programa de salvaguardia de las paridades de las grandes divisas.

La sesión extraordinaria se celebra en Nueva York, en un ambiente de excitación, el domingo por la tarde. Es evidente que no se puede llegar a un acuerdo unánime. Efectivamente, el secretario del Tesoro americano declara que en adelante el dólar no estará ligado al oro; según Washington, el oro se encuentra desprovisto de todo valor monetario. Los ministros de Finanzas de Gran Bretaña, Australia y Canadá apoyan esta tesis e indican que sus divisas tampoco admiten ligamen alguno con el oro: se adhieren al dólar como patrón sin que sean modificadas sus tasas de cambio. Muchos países occidentales defienden estos mismos puntos de vista.

Por el contrario, Francia, algunos países del Mercado Común que disponen de grandes reservas de oro y África del Sur, primer productor mundial, se niegan a esta solución. Proclaman que sus monedas quedarán adscritas al patrón-oro. La Unión Soviética, los países de la Europa del Este y China popular, a pesar de no pertenecer al F. M. I., anuncian su decisión de ligar sus divisas al oro.

En los países que aceptan las tesis americanas, los mercados del oro quedan clausurados. En Londres, las cotizaciones quedan suspendidas, pero siguen su curso normal en París y en otros sitios «neutros». La demanda afluye y la Banca de Francia provee de metal a la Bolsa. En muy poco tiempo, se consigue un equilibrio entre la oferta



La fiebre del oro llega a París. Los joyeros convierten apresuradamente el oro en barras: «El presidente USA decreta el embargo sobre el oro».

y la demanda a 7.500 F. No obstante, a lo largo de las siguientes sesiones, se prosigue el alza y se llega a una cotización de unos 11.000 F. el kilo, es decir, el doble del curso anterior a la decisión americana del embargo.

miembro del consejo nacional de Seguridad, y Gardner Ackley, que ha abandonado la presidencia de la Comisión de consejeros económicos para partir como embajador en Roma.

Algunos altos funcionarios del Pentágono que comenzaban a inclinarse a favor de un «désengagement» en el Vietnam —el secretario de Defensa, McNamara, uno o dos secretarios adjuntos y asistentes— se marcharon o están a punto de hacerlo. Los que se quedan son resueltamente partidarios de la guerra a ultranza, sea por fidelidad al presidente Johnson o —es el caso de los generales— porque la guerra es su oficio. Algunos de ellos son incluso más «papistas que el Papa». El presidente parece dispuesto a poner una sordina a la guerra sin llegar al extremo de capitular. Se piensa que podría suspender los bombardeos hacia el mes de mayo o junio y tratar de obtener un alto el fuego limitado, de modo que pudiera construirse la figura de candidato pacífico en el momento que se abriera la campaña electoral.



WALL STREET ABANDONA A JOHNSON

El dólar está en peligro. En Wall Street preocupa la guerra del Vietnam. Los poderosos, los magnates de la economía, parecen abandonar al presidente Johnson.

Este artículo no es más que una anticipación de lo que puede ocurrir dentro de unas horas, unos días, unas semanas...

triumfante

Han pasado unas semanas. Es preciso rendirse a la evidencia. El oro sigue siendo el patrón real o ficticio de todas las transacciones comerciales o financieras mundiales.

En un ambiente menos tenso y después de muchos conciliábulos secretos al más alto nivel, se convoca una reunión del Fondo Monetario Internacional. La asamblea adopta una nueva paridad de 70 dólares por onza de oro y mantiene las paridades anteriores entre todas las grandes monedas mundiales.

Los Estados Unidos, que no tenían más que nueve mil millones de dólares de oro en sus reservas, tienen ahora dieciocho mil. Ya pueden pagar sus deudas. Países como Francia, la Unión Soviética o Africa del Sur, que disponían de un gran "stock" de oro, han hecho un buen negocio. Para el resto de los países, las cosas apenas han cambiado; ahora bien, la economía mundial está amenazada de una ola inflacionista que es preciso romper mediante medidas restrictivas de alcance general. Al fin, después de años, los ministros de Finanzas llegan a un acuerdo de compromiso. Hacen un discreto homenaje al doctor Schweitzer, presidente de la sociedad de Bancos suizos y partidario desde hace mucho tiempo de la revalorización del oro, el cual les ha ayudado a entenderse sobre bases justas.

En París, Jacques Rueff es recibido en el Eliseo. Sale sonriente. El general De Gaulle se siente triunfante en su despacho.

JACQUES MORNAND

arrojar la toalla

Pero las presiones ejercidas por los generales y sus aliados políticos volverían difícil de ejecutar la maniobra, y los recientes éxitos del Frente de Liberación ponen al presidente Johnson en una posición tal que, buscando la paz, daría la impresión de «arrojar la toalla».

Es preciso, pues, interpretar la serie de actos de escalada y las declaraciones intransigentes del gobierno durante las dos últimas semanas como maniobras destinadas a dar la impresión que se encuentra en una posición de fuerza. Pero al mismo tiempo hay que tener en cuenta otros factores. El presidente recurre quizá en la actualidad a «simul-opt», lo que en la jerga del Pentágono significa «simultaneous-options» («opciones simultáneas»), es decir, la elección de tácticas que puedan servir a estrategias diferentes o incluso contradictorias. Así, la llamada de reservistas y el aumento de la cuota mensual de conscriptos —se enrolará a 48.000 hombres en abril— podría permitir tanto una escalada como una manifestación de fuerza previa a una suspensión de bombardeos. Incluso hablar de la utilización eventual de armas atómicas en el Vietnam podría también ser un preludio de su utilización efectiva o un medio de calmar a los generales del Pentágono y de reforzar la moral de las tropas americanas en Vietnam.

veinte mil muertos para nada

Esta moral, salvo en las escalas superiores de la jerarquía, es catastróficamente baja, sobre todo desde la ofensiva del Tet. Por primera vez en la historia de los Estados Unidos, los «marines» han estado a punto de sufrir una

derrota; en las provincias del Norte de Vietnam están a la defensiva y tienen miedo. Desde hace seis meses, o incluso antes, los oficiales del ejército americano —hasta el grado de coronel— estacionados en las regiones de Vietnam alejadas de Saigón, escriben al Pentágono para criticar el optimismo de «Mag-V», el estado mayor americano de Saigón, y de los generales del Pentágono. Algunos de los cerebros más fríos del Pentágono —y, en particular, el jefe del estado mayor del ejército, Harold Johnson— han dicho, en conversaciones privadas, que consideran la misión política de los Estados Unidos en Vietnam volcada al fracaso, aunque la situación militar pudiera parecer favorable —era antes de Tet—.

Realmente, es al presidente al que de ahora en adelante corresponde la decisión. Si elige la desescalada, se arriesga a tener que afrontar el furor del Pentágono y —bastante más grave aún— a ver el régimen de Saigón desintegrarse rápida y totalmente. En este caso, será obligado a reconocer, más o menos, el fracaso de su guerra y a excusarse ante el pueblo americano de haber hecho matar veinte mil jóvenes para nada. La «opción simultánea» de recambio es la escalada: se presentaría, según la suposición más verosímil, bajo la forma de un aumento considerable de los efectivos americanos y de ataques terrestres lanzados por los «marines» sobre las bases norvietnamitas. Si la batalla de Khe Sanh tiene lugar, y si los «marines» corren el riesgo de sufrir una derrota grave, Johnson podría amenazar con recurrir a las armas atómicas tácticas, o incluso recurrir efectivamente.

Así pues, considerando todo esto, hay una sola cosa en la situación actual que Johnson no podría hacer de ninguna manera: no hacer nada.

ANDREW KOPKIND

(Fotos: EUROPA PRESS y ARCHIVO)